

LECCIÓN SIETE

INSURGENCIA DE LA AMÉRICA MARGINADA

PRELUDIOS

En esta lección nos referiremos a tres grupos humanos muy importantes en nuestro Continente, los cuales no conocemos suficientemente. Se trata de la América indígena, la América negra y la mujer: comunidades marginadas en distintas condiciones, aunque de ellas, inevitablemente, se haya escrito a partir de 1492.

LA AMÉRICA INDÍGENA

Ya se ha dicho que la América indígena es, en todos los sentidos de la palabra, el sujeto más antiguo de nuestra historia. Y allí mismo empiezan los problemas. ¿Quiénes hablan, quiénes hablamos cuando nos manifestamos así? Recordemos algunas sentencias conocidas. En su “Carta de Jamaica”, en 1815, dijo Bolívar (1986a): “No somos indios ni europeos, sino una especie media entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles”. Por su parte, Martí, quien en 1877 tenía detrás de sí no sólo sus definitivas vivencias cubanas, sino su riquísima experiencia mexicana, que le hizo comprender lo que llamaría “Nuestra América”, escribió aquel año en Guatemala:

Interrumpida por la conquista la obra natural y majestuosa de la civilización americana, se creó con el advenimiento de los euro-

peos un pueblo extraño, no español, porque la savia nueva rechaza el cuerpo viejo; no indígena, porque se ha sufrido la injerencia de una civilización devastadora: dos palabras que siendo un antagonismo constituyen un proceso. Se creó un pueblo mestizo en la forma (Martí, 1891).

He recordado sendas citas de grandes fundadores de nuestra América, de épocas distintas aunque muy vinculados entre sí. Y vuelvo a hacer la pregunta: ¿quiénes hablan, quiénes hablamos así? “No somos indios ni europeos”, dice Bolívar; “no español [...] no indígena”, dice Martí. Es obvio que los que hablan no son europeos ni indígenas. Están (estamos) hablando representantes de “una especie media entre los legítimos propietarios del país [obvia alusión a los indios] y los usurpadores españoles”. En palabras de Bolívar, “un pequeño género humano”; y en las de Martí, “un pueblo mestizo en la forma”. No somos indios ni europeos, pero hemos sido occidentalizados: nuestras lenguas de origen son occidentales, como muchas de nuestras estructuras mentales y creencias. Pero estamos construyendo una cultura nueva. Martí, indudable discípulo de Bolívar, va más lejos que este al abordar la cuestión. Y mientras llama a Estados Unidos en 1884 “la América europea”, escribe también:

Se viene de padres de Valencia y madres de Canarias [era su caso personal] y se siente correr por las venas la sangre enardecida de Tamanaco [indígena venezolano] Bueno es abrir canales, sembrar escuelas, crear líneas de vapores, ponerse al nivel del propio tiempo; pero es bueno alimentarse de ese ferviente espíritu de la naturaleza en que se nace, crecido y avivado por el de los hombres de toda raza que de ellos surgen y en ellos se sepultan. ¿No se ve cómo del mismo golpe que paralizó al indio se paralizó a América? Y hasta que no se haga andar al indio no comenzará a andar bien la América (Martí, 1975b: VIII, 336-337).

Aquí hay un salto tremendo, pues si bien Martí “racialmente” viene de un padre valenciano y una madre canaria, espiritual y si se quiere políticamente asume otra perspectiva que no es la “racial”. Nos lo dirá de manera más taxativa cuando en 1891, en “Nuestra América”, afirme:

La historia de América de los incas a acá [donde “inca” asume la representación de las comunidades indígenas en conjunto] ha de estudiarse al dedillo aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra. Nos es más necesaria.

Al expresarse así, Martí hace ver que la historia de América no se limita a la de los criollos, y empieza mucho antes de 1492. A tal punto Martí

impugna lo que se ha llamado “la patria del criollo”, que en el ensayo mentado afirma: “El mestizo autóctono ha vencido al criollo exótico”. Martí proyecta la patria del ciudadano cabal de toda nuestra América a partir de los indios, no sólo los de ayer sino los que hoy son millones en el Continente. Es una patria en formación y, de esa patria, sus primeros conjuntos humanos son los indios, que están lejos de encontrarse sólo en el pasado y de ser sólo “vencidos”, para utilizar la expresión de la antología justamente famosa que publicó en 1959 el mexicano Miguel León-Portilla, *Visión de los vencidos*, en cuyos textos la conquista es vista con los ojos de los que están siendo conquistados. Una perspectiva similar a la de Martí aparece en el peruano Manuel González Prada, quien escribió: “¡Cómoda invención la Etnología en manos de algunos hombres! [...] Donde se lee *barbarie humana* tradúzcase *hombre sin pellejo blanco*” (González Prada, 1904). Con el espíritu de Martí y de González Prada, continuados por hombres como Mariátegui, el guatemalteco Manuel Galich escribió su libro *Nuestros primeros padres* de 1979, recientemente publicado por Casa de las Américas (2004).

Ahora bien, hay que decir que junto a estas visiones positivas de la cuestión indígena existe lo que podríamos llamar la alusión retórica al indio histórico (denigratoria o falsamente halagüeña). Ya se vio la versión denigratoria en Sarmiento. La falsamente halagüeña la ejercerán las oligarquías que pretenden demagógicamente ser mestizas pero siguen oprimiendo al indio real. En cambio, he aquí lo que escribió Mariátegui en el capítulo que dedicó al indio en sus *Siete ensayos*:

La suposición de que el problema indígena es un problema étnico, se nutre del más envejecido repertorio de ideas imperialistas. El concepto de las razas inferiores sirvió al Occidente blanco para su obra de expansión y conquista. Esperar la emancipación indígena de un activo cruzamiento de la raza aborígen con inmigrantes blancos es una ingenuidad antisociológica, concebible sólo en la mente rudimentaria de un importador de carneros merinos. Los pueblos asiáticos, a los cuales no es inferior en un ápice el pueblo indio, han asimilado admirablemente la cultura occidental, en lo que tiene de más dinámico y creador, sin transfusiones de sangre europea. La degeneración del indio peruano es una barata invención de los leguleyos de la masa feudal (Mariátegui, 1928: cap. II).

La cuestión, asumida por los propios indios, se aprecia con claridad en la compilación publicada en 1981 por Guillermo Bonfil con el título *Utopía y revolución. El pensamiento político de los indios en América Latina*. También para este punto, y el inmediato, es sumamente esclarecedor el trabajo de Pablo González Casanova “Indios y negros en América Latina” (1986).

EL AFROAMERICANO O INDÍGENA “IMPORTADO”

El título de este acápite procede del lituano-chileno Alejandro Lipschütz, quien llamó así al africano traído a América que se convirtió en el afroamericano. Aunque la entrada europea en África es paralela a la entrada en América, e incluso la antecede algunos años, aquella entrada durante mucho tiempo fue superficial: no pasó de las costas donde se construyeron factorías para agrupar esclavos, y sólo se hizo masiva y llegó al corazón de África en el siglo XIX, cuando ya había muchos siglos de contacto europeo con la América indígena. También es verdad que en el sur de España, por ejemplo, había esclavos negros antes de la llegada de los europeos a la que sería llamada América. De ahí que sea una falsedad atribuir a Bartolomé de Las Casas la implantación de la esclavitud en este continente. Aunque el gran dominico cometió en un momento dado el error (del que se arrepentiría amargamente) de sugerir trasladar esclavos a América para salvar a los indios de su destrucción, el entonces incipiente desarrollo del capitalismo exigía esa esclavitud y no necesitaba de ninguna sugerencia para acometerla. Sobre todo a medida que se establecieron plantaciones en zonas cálidas de América, la esclavitud creció abrumadoramente, y en el comercio de africanos participaron numerosos países europeos. El resultado fue que millones de habitantes brutalmente desgajados de África fueron traídos para hacerlos trabajar como bestias en esas zonas americanas que incluyeron desde el sur de Estados Unidos hasta países del Río de la Plata. Ya avanzado el siglo XIX se celebra en Berlín, entre 1884 y 1885, un congreso para repartirse a África como una res destazada. En dicho congreso, además de las principales potencias europeas, participan Turquía y Estados Unidos. Allí se diseñaron las líneas de lo que sería el África moderna, y se cortaron artificialmente comunidades que todavía hoy tienen en esas fronteras las raíces de numerosos conflictos.

A fin de pretender justificar los tratamientos horribles a que eran sometidos amerindios y africanos, Occidente forjó el racismo, según el cual los europeos y sus descendientes directos disfrutaban de privilegios intelectuales y morales de que carecían los otros grupos humanos. Esta monstruosidad conceptual buscó apoyo, al principio, lo mismo en Aristóteles (quien había hablado del “bárbaro por naturaleza”) que en algunos Padres de la Iglesia; y posteriormente hizo nacer pseudociencias según las cuales los “blancos” eran superiores a las otras etnias del planeta. Tales pseudociencias serían persistentes. Baste recordar las discriminaciones en el sur de Estados Unidos, o el horror del nazismo o el apartheid sudafricano en pleno siglo XX. De ahí la sorpresa que tiene que haber producido que Martí haya escrito en “Nuestra América”, en 1891: “No hay odio de razas porque no hay razas”. En apariencia, se encontraba en contradicción con la ciencia, pero en realidad la verdadera

actitud científica era la suya. Ya en 1885 el haitiano Antenor Firmin había publicado en París, impugnando al racista Gobineau, su libro *De la igualdad de las razas humanas*. Y en 1946 Fernando Ortiz dio a conocer *El engaño de las razas*, que con criterios realmente científicos vino a ratificar lo que Martí había dicho más de seis décadas antes. Por último, el descubrimiento relativamente cercano del genoma humano ha puesto fin definitivamente al “engaño de las razas”.

Mientras el indoamericano, geográficamente, se encuentra situado sólo en América, tal no es el caso del africano, el cual está mucho más extendido por el planeta. Desde luego, su zona fundamental es el África subsahariana, la cual, por cierto, es la cuna del *homo sapiens*, lo que nos hace a todos descendientes de africanos. Sin embargo, la desastrosa entrada de europeos en África (que llevó al guyanés Walter Rodney a escribir su iluminador libro *Cómo Europa subdesarrolló a África*) desorganizó de manera terrible sus estructuras, y la ha hecho la zona más pobre del planeta, amenazada de extinción.

A diferencia de los pueblos “trasplantados” de que habló Darcy Ribeiro (por ejemplo, Estados Unidos, Australia o Argentina) o de los pueblos “testimonios” que forman Indoamérica, los pueblos que algunos han llamado Afroamérica son, en la terminología de Ribeiro, “pueblos nuevos”. Tomemos como ejemplo clásico a las Antillas. Si en México, en Guatemala, en Ecuador o en Perú, muchos pueden decir “aquí vivió mi familia desde hace tres mil años”, ningún antillano puede decir sino que su familia vivió allí desde hace relativamente poco tiempo, porque los antillanos descendemos de gente que no hace mucho vino de fuera: unos, los conquistadores, de Europa; otros, los esclavos, de África, y aun otros después, de muchas zonas del mundo entero. Fundiéndose entre sí han tenido que construir sociedades distintas. Por supuesto, hay poblaciones de origen africano en otras partes de nuestra América, como Panamá, la costa pacífica de Ecuador y Perú, etc. La fusión de aquellas matrices ha dado de sí lo que Fernando Ortiz llamó “transculturación” en su libro clásico de 1940, *Contrapunteo cubano del tabaco y del azúcar*. Un ejemplo singular de esa transculturación, y de la deuda contraída por la zona con África, es la música popular, que desde el sur de Estados Unidos, pasando por el arco de las Antillas, hasta el nordeste brasileño y aún más allá, se ha convertido acaso en la música popular por excelencia de nuestra época.

HABLA LA MUJER

Este título alude a un libro notable: *Si me permiten hablar... Testimonio de Domitila, una mujer de las minas de Bolivia*, que de los labios de la boliviana Domitila Barrios de Chungara recogió la brasileña Moema Viezzer y publicó en 1977. Y de inmediato quiero llamar la atención

sobre el hecho de que quizá este tema de la mujer es, en el pensamiento nuestro, el punto en que menos se repara. Fijémonos en qué poquísimos nombres de mujeres han aparecido en las lecciones precedentes y, sin embargo, las mujeres son y han sido siempre la mitad de la humanidad, si no más. El intento de evaporación del papel de la mujer en la historia de que da testimonio este hecho, intento debido a la opresión en las sociedades masculinistas, que son la gran mayoría de las que han existido, es una cuestión a la que nosotros no podemos acercarnos sin vergüenza. Obviamente, cuando digo “nosotros” me refiero a los varones. Ni siquiera puedo decir “nosotros los hombres”, porque hasta eso ha ocurrido: hemos determinado de manera imperativa que “hombre” significa también “mujer”, lo que no es cierto. Se trata sencillamente de otra imposición masculinista. Y al decir que no podemos sino acercarnos con vergüenza al punto ciego de nuestro pensamiento, tengo en cuenta una frase de Marx citada por Sartre en su prólogo a *Los condenados de la tierra* de Fanon. Es la frase según la cual “la vergüenza es un sentimiento revolucionario”. Espero que esto sea verdad. Creo que los varones tenemos que asumir con vergüenza ese inmenso punto ciego que representa el haber querido borrar a la mujer en la historia. Aunque rectificado en algunos puntos, el libro clásico que da razón de este hecho sigue siendo el de Friedrich Engels, *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* (1884). Se trata de fenómenos muy antiguos, aunque constantemente aparecen otros. Por ejemplo, a finales del siglo XIX algunos hombres estudiaron ciertas perturbaciones psíquicas en mujeres y determinaron que tales perturbaciones eran propias de la mujer. Y como la mujer tiene útero y el hombre no, y el útero se dice en griego *hysteros*, se llamó a esa perturbación psíquica histeria. Sin embargo, hace tiempo se sabe que la cantidad de hombres histéricos no es menor que la de las mujeres. Es un triste privilegio de la lengua española que la palabra que designa en general esta actitud sea *machismo*. Es una de esas palabras que revelan su origen al punto de no traducirse, como *ghetto*, *pogrom* o *linchar*. Ahora bien, así como el histerismo dista mucho de ser exclusividad de las mujeres, tampoco el machismo es exclusividad de los hombres. A menudo la mujer humillada y ofendida introyecta el machismo y da por buenos los valores de este que, por supuesto, son malos. Al tener en cuenta lo anterior, se siente una admiración particular por aquellas mujeres que han logrado sobresalir no sólo en las letras, por ejemplo, sino incluso en un terreno tan acotado por los hombres como la política. Ahí están Flora Tristán, Rosa Luxemburgo, Tina Modotti, La Pasionaria, Eva Perón, Indira Gandhi, Haydée Santamaría, en tantas desaparecidas de países del Cono Sur, en las Madres de Plaza de Mayo.

Lo que acabaría llamándose feminismo tiene, incluso en nuestra América, siglos de existencia (piénsese en la extraordinaria mexicana

Sor Juana Inés de la Cruz, en la cubana Gertrudis Gómez de Avellaneda, en las chilenas Gabriela Mistral y Amanda Labarca, en la argentina Victoria Ocampo, en la dominicana-cubana Camila Henríquez Ureña), pero su desarrollo más fuerte ocurre a partir de la ola renovadora de la década de 1960. Algunos nombres a destacar a partir de esa fecha son los de la chilena Julieta Kirkwood y la argentina Isabel Larguía (ambas ya fallecidas); y entre las que felizmente viven aún, la mexicana Elena Urrutia, la chilena Gabriela Mora, la argentina Josefina Ludmer, la colombiana Helena Araujo, la venezolana Beatriz González Stefan, la brasileña Heloisa Buarque de Hollanda, la cubana Luisa Campuzano. Una obra en que se intenta hacer un balance del feminismo es el libro de la chilena Lucía Guerra *La mujer fragmentada. Historia de un signo*, premiado en 1994 por Casa de las Américas, que el año anterior había creado un Centro de Estudios de la Mujer, influido por el que ya existía en el Colegio de México.

Aunque en siglos anteriores había habido importantes manifestaciones poéticas debidas a mujeres latinoamericanas, el siglo XX verá en sus primeras décadas una eclosión de autoras intensas en este género; y en sus últimas décadas, y en lo que va de este siglo, una no menos intensa eclosión de narradoras, así como de creadoras de las artes plásticas. Unas y otras han hecho variar, para bien, el mapa de nuestra cultura.

Un destacado papel ocupa en la narrativa el testimonio, crecido en general en los últimos tiempos. Esa forma literaria permite escuchar la voz del otro y de la otra. A veces el testimoniante es una escritora de envergadura, como la mexicana Elena Poniatowska, en su libro *Hasta no verte Jesús mío*; y a veces se trata de libros en que lo importante es la voz misma que se escucha, como en el caso ya mencionado de la boliviana Domitila Barrios de Chungara y de la guatemalteca Rigoberta Menchú. Ambas nos permiten conocer la forma como se entrelazan las cuestiones de etnia, género y clase, impidiendo incurrir en un esencialismo feminista que subyace en mujeres intelectuales burguesas preocupadas por el tema desde estrechas perspectivas elitistas.